

De vuelta de Italia en guerra. Una nación joven. ("El Mercurio Valenciano", Valencia, 24 octubre 1917)

## DE VUELTA DE ITALIA EN GUERRA

### Una nación joven

¡Qué lejos estamos ya de aquellos días en que el pobre profesor Sergi, uno de los míopes del positivismo, hilvanaba unos cuantos lugares comunes sobre la supuesta decadencia de las naciones llamadas latinas, acostándose a la teoría germánica de los pueblos superiores y los pueblos inferiores!

Dejemos de lado lo de la latinidad, categoría que sólo filosóficamente es clara — pueblos que piensan en lenguas romances o neolatinas — y atengámonos no más que a aquello que el profesor Sergi debía conocer mejor, a Italia, a su propia patria. Pues bien: cuando el profesor escribía aquellas cosas, su patria, la nueva Italia, la joven Italia, lejos de decaer, iba elevándose. Y acaba de demostrárnoslo en la guerra actual. Con ésta se ha revelado el mundo y aun se ha revelado a sí misma. Son muchos los italianos que merced a esta guerra para su patria de reconquista espiritual, han descubierto el alma de Italia.

Ha ocurrido a Italia algo de lo que le ocurrió al Japón en la guerra ruso-japonesa. Esta guerra fue la ocasión de que el imperio del Sol Naciente midiese sus fuerzas, y a la vez las diese a conocer al mundo. Y con sus fuerzas su ciencia y su industria, y se hiciese respetar.

Italia, como nación una y sólida, no es más vieja que era el Japón moderno, el Japón desentendualizado. La Italia de hoy, la Italia una, la de la tercera Roma, la de la Roma civil italiana, no tiene más que cuarenta y siete años. Data en rigor del 20 de setiembre de 1870, en que los soldados de la dinastía de Saboya entraron en Roma por la Puerta Pia, conducidos por Rafael Cadorna, el padre del actual generalísimo del ejército italiano. La Italia que fraguaron tantos hombres de espíritu generoso, a cuya cabeza figuran, como trinidad gloriosa, Mazzini, Cavour y Garibaldi, es una nación joven, muy joven, y que desdice una vez más la vieja y absurda metáfora de los pueblos jóvenes y viejos. No son los pueblos, son las naciones, son sus instituciones las que pueden envejecer y las que necesitan renovarse. Y en cuanto al hombre individual, a la planta humana, este puede brotar tan robusto en una nación que empieza su vida política y próspera, como en otra que decae y políticamente agoniza.

El hombre, la planta humana, lo que se llama la masa — masa de hacer pueblos, — es hoy en Italia el mismo que cuanto Alfieri escribía que son los italianos considerados como simples plantas, del más robusto temple que «nacien». Lo hemos podido comprobar los que hemos visitado el frente de la guerra italiano actual. Parece increíble, a no verlo, lo que han tenido que hacer y lo que han hecho con tanta inteligencia como esfuerzo los soldados de Italia y las penalida-

des que han tenido que soportar en aquellos escarpados riscos, donde ponen sus baterías y sus observatorios, donde antes sólo las águilas ponían sus nidos, aguantando temperaturas pobres en el invierno. Y cuenta que los más de los soldados que nos guiaron en nuestra excursión a las cimas de la Tofana, en el Ampezzano, eran napolitanos. Mi espouque en aquella ascensión alpestre era un napolitano. Y napolitano de tierras calientes era el comandante que encontramos en el puesto de Zagradan, frente al Monte Nazo, donde se quedan bajo las nieves, que cubren las trincheras, en el invierno.

Y si la planta humana, si la primera materia, si la masa popular es excelente y contradice las ridículas leyendas de que los pueblos de antigua cultura degeneran físicamente, la inteligencia con que se ha trabajado para forjar la nueva nación, la Italia de la tercera Roma, de la Roma civil italiana, irradia por donde quiera en aquel suelo histórico.

Sea cual fuere la bravura aliada, la prudencia con que las tropas italianas han luchado contra las austriacas, y para libertar del todo el alma italiana y reconquistar su plena y entera personalidad patria, el trabajo para dominar a una naturaleza bravia y selvática, y servirse de ella, es casi sobrehumano. La guerra moderna es la guerra industrializada, y su resultado, más que de preparativos específicos y genuinamente militares, esto es, tácticos y estratégicos, depende de aplicar al combate las artes e industrias de la paz. Es la química, es la mecánica, es la metalurgia, es la ingeniería, en fin, lo que decide más que los vastos movimientos y maniobras de muchedumbres. Estas quedan lo más del tiempo inmovilizadas en trincheras, y cuando tienen que atacar, su modo de ataque es de lo más primitivo. Y así se da el caso de que mientras juegan en la maquinaria guerrera los más recientes y sutiles inventos de las ciencias aplicadas a la industria, el soldado ha vuelto a la existencia ruda del hombre prehistórico, del troglodita o de las cavernas. Y de aquí la posibilidad de improvisar un ejército cuando se domina la industria.

De Italia puede decirse tanto como se dice de Inglaterra, que ha improvisado un ejército. Porque su efectivo antes de estallar esta guerra era muy reducido. Pueblo civil, eminentemente civil, el italiano hallábase muy poco militarizado. Su oficialidad era poco numerosa, si bien instruídísima, tan instruída como la que más, y aun hemos oído a más de un competente asegurar que la que más. Su calidad era excelente, aunque de escasa cantidad. Y a los que nos hemos puesto en contacto con la oficialidad militar italia-



# De vuelta de Italia en guerra.

5-114



na, nos ha llamado la atención su civilidad, su profunda civilidad, propia de los que se preparan a mandar más que a un ejército de profesionales, más que a una soldadesca, a un pueblo civil en armas.

Italia se ha elevado a poder bastarse para hacer su guerra. No teniendo ni hierro ni carbón en su suelo, se forja sus instrumentos de guerra y se hace sus acorazados y sus locomotoras. Lo que no hacemos aquí en España, teniendo como tenemos hierro y carbón en nuestro suelo. Y en el viejo arsenal de Venecia, aquel de que cantó el Dante y que hoy es más un monumento histórico que otra cosa, mostrándonos viejos cañones, piezas de museo, nos decían: «no ha habido que refundirlos». Como en otro respecto no han tenido que ocupar las tropas italianas para albergarse o para hospitales o almacenes ni una sola iglesia ni una sola escuela. Conservan celosamente sus Museos, hasta los de viejas armas de guerra, como conservan sus templos y sus escuelas. Han podido forjar su espada sin tener que fundir para ello ni el arado ni la campana. Han logrado hacer su campaña sin deshacer su vida civil. Y éste es el más poderoso esfuerzo de juventud que puede cumplir un pueblo.

Sin que se crea que esa guerra es un juego, comparada con la que llevan los otros pueblos aliados contra el imperalismo militarista germánico, o sea austro-tudesco. El expugnar las ofensas — que no defensas — naturales austriacas de la línea de guerra, el pasar el Isonzo, pisar el Carso, coronar las cumbres que rodean a Goritzia, si es juego, es un juego terrible, trágico, hercúleo. Nótese que ordinariamente un caminante, un excursionista, necesita tanto tiempo para ascender doscientos metros de altura en montaña, como para recorrer cinco o seis kilómetros de llanura. Una cumbre que se alza a mil metros sobre la costa, exige tanto tiempo para llegar a ella a pie como el necesario para avanzar cinco leguas en el llano. Esto tiempo, que esfuerzo y fatiga exige más. Y un hombre escotero, sin nada auestas. Pues bien: a las cumbres del frente italiano, de donde amenazaban los austriacos antes que la ingeniería hiciese, en brevedad increíble, las sólidas carreteras que hoy las salvan — a algunas de ellas hemos subido en automóvil — subieron los soldados de Italia cañones de grueso calibre, artillería pesada, y los subieron a brazo, entre doscientos hombres pieza. ¿Y qué decir de la proeza de cruzar el Isonzo, que a trechos corre encañonado en escarpada hoz sobre catorce puentes postizos, tendidos en una noche y bajo el fuego del enemigo?

¿Y este esfuerzo guerrero, guerrero, sí, pero más civil que militar; este supremo esfuerzo varonil de una nación joven, de un pueblo unificado, se ha hecho acaso solamente para mostrar al mundo el propio poderío, para darse a conocer?, se nos preguntará. No es así, sin embargo. Aunque ello sólo podría justificarse. Alemania desdafiaba, sin conocerla, la potencia italiana, y lo demostró cuando la guerra italo-turca. La conocida «boutade» de Bismarck no era más que una muestra de sentimiento respecto a Italia, de ese pueblo de pedantes, de profesores — y los más profesores los de milicia — que se embriagan de propia suficiencia no más que mirándose al ombligo.

Pero no sólo para revelarse ha tenido que ir a la guerra Italia. Ha tenido que ir a ella en parte para evitar una revolución interior — nos lo dijo Cadorna, — y sobre todo para recobrar, para reconquistar su espíritu propio, su personalidad, amenazada por la hegemonía mercantil, bancaria e industrial de Alemania. Más de esto otro día.

Miguel de UNAMUNO.

